

RECUERDOS DE MI PASO POR LA IMPRENTA DE LA UAA, 1988

Ernesto Rafael Durón Badillo¹

Mi nombre es Ernesto Rafael Durón Badillo, acabo de cumplir treinta y cinco años de trabajar como diseñador gráfico en la Universidad Autónoma de Aguascalientes, en la que se me ha brindado la oportunidad de desarrollarme y ser uno más que se suma a la gran cantidad de personas que, de manera administrativa, ayudan a que la Universidad siga ofreciendo calidad en la formación de generaciones de estudiantes.

Comencé en el Departamento de Procesos Gráficos que entonces pertenecía a la Dirección General de Infraestructura, ahí estuve diez años. Luego emigré a la Sección de Comunicación Interna del Departamento de Comunicación, perteneciente a Rectoría, allí permanecí quince años. Posteriormente, ya como personal de

1 Licenciado en Diseño Gráfico, administrativo de confianza en el Archivo General e Histórico en la UAA.

confianza, tuve la oportunidad de desarrollar un trabajo diferente, con cercanía a la rectoría y participando en la imagen y logística de eventos. Después regresé al Departamento de Procesos Gráficos por cinco años, ahora como encargado de las máquinas de impresión digital. Actualmente me encuentro en el Departamento de Archivo General e Histórico, perteneciente a Secretaría General y desempeño el puesto de diseñador gráfico.

Mi paso por la Universidad comenzó en el año 1988, había egresado de Técnico en Diseño Gráfico un año antes y me ofrecieron la oportunidad de integrarme en la entonces denominada Imprenta de la UAA. Era un espacio físico alejado de lo que en aquellos años era el alma del campus universitario, se ubicaba atravesando hacia el norte una carretera que ahora se conoce como Segundo Anillo. Aunque ya había trabajado por un año en un despacho de diseño y tenía algo de experiencia, el volver al lugar donde había estudiado y donde los recuerdos estaban presentes, me provocó algo inevitable, las mariposas en el estómago. ¡Era mi primer día de trabajo y estaba emocionado!

Como ya conocía el camino, hice el trayecto de mi casa a la UAA en camión, recorrí la Avenida Universidad y me bajé frente a la *uni* en un terreno baldío que años más tarde se convertiría en Soriana y la plaza comercial. Crucé la avenida, chequé mi tarjeta de entrada en el checador oriente para registrar mi asistencia. En ese entonces, ése era uno de los tres checadores que había en el campus –el otro era el checador poniente y el tercero en el Edificio de rectoría–. Desde allí, había que trasladarse caminando pasando por entre los edificios de Sociales, de Radio y del edificio donde estaba la piletta que albergaba los cuerpos humanos donados para el estudio de los de Medicina. Luego pasaba por el edificio del Centro Económico y, por último, un pequeño horno en donde cremaban los perros y otras especies de animales que usaban para su estudio en varias carreras.

Desde ese punto, había que cruzar una puerta con malla común antes de llegar a la carretera que mencioné antes, poco transitada en aquel entonces, y desde la carretera se divisaba la nave del

área de Mantenimiento. Seguía caminando entre huizaches por la vereda hecha del paso constante de los trabajadores que circulaban por aquel lado, y que ya tenían tiempo recorriéndola, y se llegaba a un claro donde cruzaba un camino de terracería para vehículos. Este camino llevaba, por un lado, a una salida hacia la Avenida Universidad, y, por otro lado, al último edificio construido de esa área conocido como el Bioterio, en donde guardaban ratones y perros vivos que se utilizaban en los laboratorios para su estudio. Años más tarde, desde mi lugar de trabajo vería al encargado del horno pasar llevando en una carretilla, perros muertos listos para cremación, y ese olor llegaba hasta la imprenta.

Siguiendo con el trayecto hacia mi lugar de trabajo, debía pasar frente al área de los talleres de Mantenimiento, y encontraba una “L” formada por pinos que cercaba la nave a donde me dirigía y que estaba dividida por la imprenta, el almacén y el taller al que le decían “La NASA”, donde reparaban todo tipo de aparatos que utilizaban los alumnos y maestros en laboratorios y talleres. Al incorporarme en mi primer día de trabajo, me dieron la bienvenida y me dijeron dónde trabajaría. Mi espacio físico era en la sección de Diseño y Fotocomposición dentro de la imprenta, que estaba dividida con vidrios y lámina, en un área cuadrada de 6 x 6 metros con doble piso. Éste estaba dividido con un techo piso de madera. Toda la nave estaba techada de lámina que luego me daría cuenta cómo nos haría sufrir y padecer el clima según la temporada.

Aquel día, al entrar vi a una persona mayor, me presenté y él dijo llamarse el señor Gilberto Torres Castillo y ocupaba uno de los tres restiradores que había. Escogí uno y comencé a familiarizarme con los procesos que hacían. Trabajar en restirador era muy cómodo en aquel entonces, todo el trabajo que se realizaba era manual, usábamos estilógrafos, regletas de texto con “cangrejo”, escuadras, plumillas y todo aquel material necesario para realizar nuestro trabajo que era producir los libros, las revistas, los carteles y los folletos. Teníamos que recortar y pegar con diurex transparente las “galeras” de texto que nos daban para las publicaciones. Recuerdo que para mí era una novedad ver esa máquina de hacer texto (había sólo dos

en el estado), se trataba de una computadora Varityper con monitor monocromático como de 15 pulgadas, que estaba conectada a un cajón grande donde iban los rollos de película fotográfica y los discos tipográficos. Esta máquina era una maravilla en esos tiempos porque su sistema era único.

A los pocos meses de trabajar allí, se incorporó a esa área Nicolás Raygoza, él ya había estado años atrás en la Universidad, pero había renunciado para probar suerte en otro espacio, y ahora se reintegró. Desde entonces hasta la fecha, él se convirtió en una persona muy cercana para mí y con quien he compartido experiencias fuera del trabajo. Los tres de esa área nos convertimos en los mejores compañeros, aun con una diferencia de edad muy significativa, lo cual no fue inconveniente para llevarnos bien y pasar grandes momentos, dentro y fuera del trabajo. Cada día era muy ameno, de risas, chistes, anécdotas y peleas sin importancia. El señor Torres se acoplaba tanto a nosotros que parecía un muchachito. Él padecía de la presión y había días que cerca de la una de la tarde empezaba a sentirse mal y por obvias razones se apachurraba anímicamente. En aquel entonces, el señor Torres y yo coincidíamos en el camión de regreso a casa, yo vivía por el centro de la ciudad y él en la colonia La Barranca. De alguna manera, a veces lo cuidaba, y otras veces lo aguantaba porque íbamos echando relajo en el camión. Nos sentábamos juntos y yo casi siempre del lado del pasillo, ya que debido a mi estatura no cabía, y ésa era la manera en que descansaba mis rodillas y no salía tan fregado. Íbamos en la plática todo el trayecto, pero nunca faltaba que se subiera una muchacha guapa, y cuando pasaba cerca de nosotros, el señor Torres me decía en voz alta: “*Rafa, sé un caballero y déjale el asiento a la señorita*”. Obviamente, él me dejaba en una situación muy comprometida y no me quedaba otra que pararme para que se ella se sentara en mi lugar. Él lo hacía para disfrutar de la compañía de la muchacha. No se me olvida su cara al verme parado y él con las cejas haciéndome señas de burla. Me la hizo varias veces, pero yo lo tomaba siempre de buena manera. Por mi educación, muchas otras veces cedí mi asiento a otras personas que no siempre eran de su agrado, pero eran parte de tantos detalles de

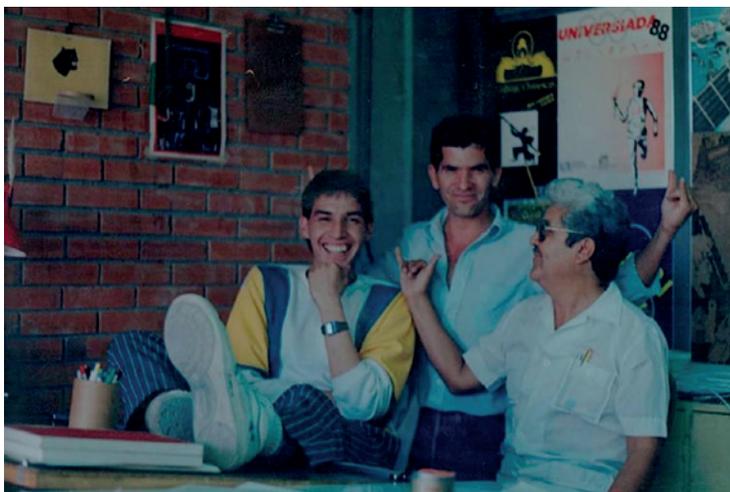
cómo nos llevábamos. Recuerdo en una ocasión que nos subimos al camión, iba muy lleno, por lo que nos tocaron los primeros asientos al subir, del lado de la puerta. Y así se fue lleno todo el trayecto. En aquel entonces la calle Zaragoza era de doble sentido, y al doblar por la calle 5 de Mayo hacia el Centro, se subió una señora indigente que llevaba como tres costales, y subió uno a uno. Cuando acabó de pagar y subir al camión, se quedó viendo lo apretado que estaba y yo, recordando las veces que el señor Torres me la había hecho con las muchachas, inmediatamente me paré y le cedí mi lugar. Por un lado, para regresarle a él una de las que me había hecho, y otra por el fuerte olor que despedían las vestimentas de la señora. Pues no tardó ni una parada del camión, cuando el señor Torres se levantó y me alcanzó en la parte de atrás del camión para decirme, “¡Qué méndigo eres!”, y yo obviamente, iba risa y risa.

Los tres tuvimos salidas de convivencia, visitamos nuestras casas, fuimos al cine, a beber unas cervezas a bares, y disfruté mucho su compañía. Fue una época donde para mí, ellos eran mi ánimo diario en el trabajo. El señor Torres diario llegaba temprano a la imprenta y tenía abiertas siempre las cortinas de su ventana. Por lo que, cuando yo llegaba por la mañana, si no las veía abiertas, era señal de que no estaba y se había puesto mal. Eso me entristecía porque para mí eran muy importantes, eran mis hermanos. Esa comunidad de la Imprenta de la UAA siempre fue muy trabajadora y comprometida, muy visitada por maestros y personal de otras áreas administrativas que iban a solicitar su trabajo y a recogerlo ya terminado. Hubo personas muy cercanas a la imprenta que la visitaban casi a diario, como el doctor Desiderio Macías Silva y la maestra Adelina Alcalá, y luego entre ellos se ponían de acuerdo para hacernos festejos y celebrar la terminación de sus trabajos.

En época del informe del rector, que en ese entonces se hacía impreso, eran maratones de horas de trabajo porque armábamos el libro y sacábamos los negativos, las placas, la impresión, la compaginación, el pegado y la colocación de pastas, era mucho trabajo. Fui uno de los tantos que se pasaron la noche en vela haciendo ese trabajo para que los libros estuvieran a tiempo. Antes de que empe-

zara el informe, todavía nos decían que si queríamos ir a escucharlo, y en realidad, lo que queríamos era ir a descansar. Hubo ocasiones en que sí asistimos y sentimos ese orgullo de ver, al final del evento, cómo repartían los libros entre los asistentes, que se lo llevaban sin saber el esfuerzo que se tuvo que hacer para que lo tuvieran en sus manos. Pero sentíamos esa satisfacción de haber cumplido con una tarea más. En esa época me sentí muy arropado por el personal de la Imprenta de la UAA, de Mantenimiento y de la NASA, y siento que yo hice lo mismo por muchos, nos ayudábamos y apoyábamos. Éramos como una familia que nos conocíamos y al final de la jornada nos encontrábamos y recorríamos juntos el trayecto de regreso, por los jardines y edificios de la Universidad hacia el checador, esperando un nuevo día para convivir y tener cosas que recordar. Finalmente conocí otras áreas, conocí a personas valiosas y que estaban dispuestas a ayudar, conocieron mi trabajo y me apoyaron, se sentía esa camiseta puesta por la institución en la que no te importaba dar más tiempo de tu día por sacar adelante los pendientes, y de la misma manera sentías esa retribución, no económica, sino de compañeros, en que sabías que si necesitabas apoyo, lo ibas a tener.

La institución es un excelente lugar para trabajar y desarrollarte, sus espacios físicos y su horario lo hacen un lugar envidiable. Puedo decir que, a pesar de tener tantos años laborando aquí, han sido pocos los días en los que no he sentido ese ánimo, como mi primer día de trabajo.



Fotografía propiedad de Rafael Durón Badillo. Los compañeros de la Imprenta de la UAA, 1988.

